

Después, todo se desarrolla así, minuto a minuto:

7,05: Lluve. La calle se llena de paraguas, y muchas pancartas son colocadas horizontalmente, a modo de toldo.

7,07: Llega una columna militar. Grandes aplausos.

7,08: El capitán pide que se retiren de las ventanas.

7,09: Se grita «O povo unido jamais sera vencido», cada vez con más ritmo y fuerza. Los espectadores de los balcones se unen a las voces y hacen la «uve» con los dedos.

7,12: Un suboficial, que lleva puesto en la manga «Operaciones especiales», me dice que los empleados dicen que no trabajan mientras no cambie la dirección.

7,15: El mayor que manda la columna recién llegada llama por teléfono.

7,17: Un sargento de la PM, al que acaban de dar una flor, pide por favor que no se suban a las ventanas, «que se van a caer».

7,18: Nuevas voces contra la directiva: «Fore, fore, fore!».

7,19: Una de las señoritas que más gritos daba cuando se dialogó con los directivos, dice que digan a los de afuera que se callen, que el mayor no puede hablar por teléfono.

7,20: Deja de llover.

7,21 «Fascistas, fascistas!» (contra la directiva).

7,22: Sube como una marea: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,24: Pregunto si el mayor ha logrado hablar con la Junta, y me responden que ha pedido más soldados.

7,25: Nueva marea de voces. No comprendo. Un cabo miliciano (estudiante) me dice: «Dicen que ellos estarán con nosotros siempre», y me escribe: «O povo armado jamais sera deixado».

7,26: Nuevo grito que tampoco entiendo, y el cabo va a ver, y vuelve diciéndome, en nuestra algarabía particular, «que es condenado para los dereltores».

7,27: Todos cantan. El sargento de la PM, con el casco blanco en una mano y haciendo la «uve» con la otra, que maneja a modo de batuta, dirige la canción. Más o menos, dice así:

«Canta, canta, amigo, canta, ven a cantar nuestra canción, porque solo no eres nada y todos tenemos el mundo en la [mano].»

7,30: Siguen cantando.

7,32: «Um, dois, tres, quatro: O Marcello está no papo.»

7,34: «Um, dois, tres: Tudo para o xadrez.»

7,35: Oigo algo que se estrella contra el cristal de la ventana donde estoy asomado. Sólo es un paquete de cigarrillos que regalan a los soldados.

7,36: «O povo armado jamais sera deixado.»

7,37: «Fora, direcção, fora direcção!».

• • •

He pasado al otro lado del mostrador para telefonar. Me llega el son: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!». Sobre las ocho menos cuarto escucho el inconfundible ruido de los tanques en la calle. Dejo el teléfono y me asomo corriendo a la ventana, pensando en lo que puede ocurrir.

No pasa nada.

La gente abra calle con orden y por ella pasa un jeep, seguido de varios vehículos blindados y un impresionante carro de combate. Se destapa la torreta y sale un tanquista sonriente, con su característico casco y un clavel en el ojal de la chaqueta de cuero.

7,47: Un grito unánime y atronador: «Vitoria, vitoria, vitorial!».

7,49: La gente sube a los vehículos blindados y al carro. Y todos juntos cantan: «Qué tunos, qué tunos, qué tunos!».

7,51: El mayor que mandaba la primera columna sube a la ventana. Aplausos. Quiere hablar. Siseos pidiendo silencio. Cuando se callan comienza así: «Sabemos las razones que os asisten. Sabemos... momento histórico... Sabemos que... no podemos... comprendo perfectamente vuestra impaciencia... hay multitud de difíciles problemas... no hagáis las cosas más difíciles de lo que son...». Aunque no logro entender todo lo que dice, por cómo lo dice y por la expresión que, como en un inmenso espejo repetido, veo en los rostros de los que abajo escuchan, me doy cuenta que es un orador nato. Le gritan «Molto ben» repetidas veces. Luego pide que se vayan y le dicen que no. Más gritos. Toma el megáfono. Pide atención. Se explica más o menos así: «Ya esperaba que dijerais eso, pero tenéis que comprender que no vamos a tirar a la directiva por la ventana, porque aquí no se hacen juicios sumarios...».

Son más de las ocho y sigue el diálogo mayor-manifestantes.

• • •

Ha tenido que irme, y vuelvo poco después en compañía de Haro. Está lloviendo otra vez, y al entrar en la calle nos cruzamos con la columna militar que sale... Todo ha terminado. A las nueve menos diez, los directivos salieron del edificio y entran a un vehículo blindado.

Manifestantes haciendo la «uve» corren al lado de los blindados y se encaminan hacia la Avenida da Liberdade.

Son las nueve, hora portuguesa. Es decir, hora europea. ■

La Capilla siXtina

¡AY, PORTUGAL, POR QUE TE QUIERO TANTO!

Entro en la escalera de casa y oigo la voz de Encarna cantando a voz en grito:

"Ay Portugal, por qué te
[quiero tanto.
¿Por qué? ¿Por qué te envi-
[dian todos, ay, por qué?,
será, será que tus mujeres
[son hermosas,
será, será que el vino alegre
[el corazón,
será que huelen bien tus
[lindas rosas,
será, será que estás bañada
[por el sol".

Está la chica en pleno trajín de baldeo semanal.

—No se ponga usted ahí, que acabo de fregar.

Y continúa cantando:

"Somos cantores de la tierra
[lusitana,
traemos canciones de los
[aires y del mar,
vamos llenando los balcones
[y ventanas
de melodías del antiguo Por-
[tugal.
Oporto riega en vino rojo las
[laderas...".

Con los pies temerosos en la raya de la puerta, mis ojos recorren las paredes del piso de Encarna. Donde estuvo un "poster" de "El Che" aparece ahora una doble página de periódico donde Spinola abraza a Soares; donde Alvaro Cunhal, con esa cara de Blas de Otero que la naturaleza le ha dado, atiende gravemente el entusiasmo de la multitud; donde un Pide, con los ojos tan agrandados como su pánico, contempla a la multitud que le insulta como si no comprendiera el orden de las personas y las cosas. La bandera del Vietcong, que cuelga sobre la cama de Encarna, comparte su predominio visual con una bandera de Portugal. Y si uno observa bien el vestuario de esta

Encarna ensañada recuerda el que lució Paqueta Rico en "Lavanderas de Portugal".

—Cambiando de mitología, vaya.

—Don Sixto, estoy eufórica y sus chanzas me resbalan. ¿No era usted el que se cachondeaba de todo reaccionarismo hablando del "nivel portugués" de la política? Pues chúpese ésa. Nos han pasado la mano por la cara.

—Ahora va a resultar que tú siempre habías presumido un cambio de Portugal.

—Que había condiciones objetivas y subjetivas, Don Sixto. Que se veía venir.

—¿Desde cuándo veías venir tú lo de Portugal?

—Desde lo del secuestro de la "Santa María" por Galvao.

—¡Pero si tú acababas de nacer, farsante!

—Instinto de clase, Don Sixto. Y la familia. Que mi padre no era del PSOE como el suyo.

Ya debía concluir el baldeo, porque Encarna se quita el delantal; el improvisado gorro y me tira de la manga para que me meta en su piso. Es entonces cuando huelo a comida y a comida apetitosa.

—No me dirás que estás gui-sando.

—Bacalao a la portuguesa. Capa de patata, capa de cebolla, capa de bacalao, bechamel y gratinado. Le estaba esperando y le invito a cenar.

Atónito, me he derrumbado en uno de esos sillones de Encarna que parecen requisados de un burdel de Sodoma y Gomorra. Regresa la chica con una botella de vino portugués, blanco, de los maduros. Brindamos por Spinola, Soares, Alvaro Cunhal; nos comemos el bacalao como si tragáramos horizonte y patria; bebemos como cosacos portugueses; cantamos todo lo que sabemos en portugués, desde el "Lisboa Antigua" hasta "Una casa portuguesa". Nos brilla a los dos la mirada del cuerpo y del alma. ■

SIXTO CAMARA